

¿ P A Z E N C O R E A ?

La prensa y la radio han llevado la sensacional noticia a todos los rincones del mundo. El comentario general en todos los países es este anuncio de paz que se presenta repentinamente después de todo un año de sangrienta lucha, que no por haber tenido lugar en la lejana península coreana, ha dejado de afectar a todas las naciones. En el mundo torturado de angustia de la hora actual, la lectura de la palabra paz representa un bálsamo para los espíritus, un anhelo incontenible de las almas. Sin embargo, es fácil ver que al entusiasmo del primer momento sigue, en esta ocasión, un escepticismo, una cierta desconfianza acerca de lo que esta paz significa acerca de la mera posibilidad de su existencia.

Antes de dar nuestra opinión personal acerca de esta posible paz que se nos anuncia, parece lógico el examinar primero el significado de la guerra a que dicha paz pone fin.

En este sentido, el primer fenómeno que salta la vista es precisamente el sensacionalismo del anuncio de la paz y el motivo de su repercusión en todas las naciones, a pesar del apartado lugar del teatro de la guerra. La península coreana no está enclavada en el centro de la vieja civilización europea, ni cruzada por las grandes líneas de comunicación, ni constituye una fuente mundial de riqueza; y, sin embargo, el problema de su guerra repercute en todas las conciencias y trasciende a todos los países. En la contienda no sólo intervienen coreanos del norte y del sur, sino chinos y norteamericanos, ingleses y australianos, fuerzas de Francia y de Nueva Zelanda, de Turquía, y de Siam, de Grecia y de las Repúblicas hispanoamericanas. La realidad, por consiguiente, es que la guerra o la paz en Corea sólo es un episodio más de la guerra en el mundo.

Sería, por lo tanto, completamente inútil el enjuiciar las posibilidades de paz en Corea tomando sólo en consideración los hechos de la guerra local, in examinar debidamente los verdaderos objetivos de los beligerantes en esta contienda.

Pero al analizar estos objetivos nos encontramos con el caso pere-

grino de que, según se dice, ambos beligerantes persiguen los mismos fines. Así vemos que mientras Stalin saluda el 12 de octubre a Corea del Norte deseando para esta península «la unidad, independencia y democracia», el Presidente Truman, a su regreso de la isla de Wake, el 17 del mismo mes, manifiesta que «Norteamérica no desea otra cosa que restablecer la paz y la seguridad en Corea bajo un Estado democrático».

En esta aparente coincidencia quedan plasmadas todas las enormes dificultades de una verdadera paz en Corea. Se trata, nada menos, que de la aplicación de los diferentes conceptos que tienen del significado de las palabras «unidad, paz y democracia», los dos grupos beligerantes.

Respecto al primer concepto, unidad, hay que recordar que Rusia constantemente ha jugado a las dos cartas de unidad y división de Corea. Arbitrariamente se dividió esta península por el ya célebre paralelo 38. La división en realidad no tenía otro objeto que el señalar un límite convencional a las zonas en las que debía rendirse el Ejército nipón, limitando así las zonas de influencia rusa y americana. Esta división, meramente circunstancial y pasajera, fué hábilmente aprovechada por Rusia que, al mismo tiempo que creaba una serie de dificultades para prolongar su duración haciéndola un motivo más de guerra fría, soliviantaba los ánimos de los coreanos del norte con el *slogan* de la unidad de Corea.

A su vez, la unidad coreana se enlaza íntimamente con la unidad de China, cuya máxima aspiración, después de la ocupación total del territorio continental por las fuerzas de Mao-Tse-Tung, es la ocupación de Formosa, sede del Gobierno nacionalista, con lo que éste desaparecería totalmente, abriendo así un amplio camino a la definitiva entrada en la O. N. U. de la China comunista, con la consiguiente ampliación en este organismo del grupo soviético, al mismo tiempo que se abriría una brecha en el arco defensivo de Norteamérica en Asia, constituido por el archipiélago nipón y Formosa, con el punto de apoyo de Okinawa en las islas de Ryu-Kyu.

En este punto vital de la unidad coreana, las Potencias occidentales han mostrado puntos de vista contrapuestos, pues mientras el Presidente Truman reitera su actitud de la Corea unida diciendo en el pasado mes de marzo que «Una Corea libre y unida» sigue siendo el programa de Norteamérica, las Potencias europeas y asiáticas difieren de esta opinión. La razón de esta diversidad de opiniones estriba en los diferentes supuestos geográficos. Desde que el 27 de octubre las tropas chinas se incorporan a las unidades norcoreanas, hay que considerar a la China de Mao como beligerante en este conflicto y principal propulsora de la Corea del Norte; por consiguiente, la prolongación de la acción bélica puede traer la extensión del conflicto en Asia, arrastrando a este Continente las fuerzas de las Potencias occidentales con la correspondiente

pérdida de energías en Europa, que podría de este modo convertirse en una fácil presa de la U. R. S. S. en el caso, más que probable, de una extensión mundial del conflicto. Fruto de esta diversidad de opiniones fué la vacilación en el cruce del paralelo 38 por las fuerzas de las Naciones Unidas, y la condena de la China comunista como agresora. Conocidos son los problemas planteados en torno al paralelo 38. Antes de la intervención china todas las voluntades parecían estar de acuerdo: el 27 de septiembre, el Gobierno británico manifiesta explícitamente su opinión de que debe cruzarse el paralelo y restablecerse la unidad coreana. El 7 de octubre, la Asamblea de la O. N. U. aprueba, por 47 votos a favor y sólo cinco en contra, el plan que autoriza implícitamente a Mac Arthur a cruzar el paralelo 38, y días después el Presidente Syngman Rhee manifiesta, con la general aquiescencia de la O. N. U., que su Gobierno representa a la totalidad de la población de Corea y que la unificación de ésta no constituye ningún problema, ya que irá haciéndose a medida que se vaya ocupando el territorio del Norte.

Tan sólo diez días después de estas declaraciones cambiará la decoración ante la presencia de contingentes chinos entre las fuerzas norecoreanas. El general Mac-Arthur informa oficialmente el 6 de noviembre al Consejo de Seguridad de la intervención china, y mientras China alega que sólo son ciertos contingentes voluntarios, termina el mes de noviembre en plena retirada de las fuerzas occidentales.

Al reorganizarse de nuevo las tropas de Mac-Arthur y comenzar la contraofensiva, empiezan a manifestarse los diferentes puntos de vista de las Potencias occidentales. Mientras los Estados Unidos batallan en la O. N. U. para que ésta apruebe las sanciones contra la China comunista, las naciones asiáticas propugnan un cese de hostilidades, dando entrada a la China de Mao en la O. N. U. y oponiéndose a un nuevo cruce del paralelo 38. En ese sentido, se hace un llamamiento por las 13 naciones árabes y asiáticas de la O. N. U. al objeto de proyectar el cese de hostilidades. La buena voluntad de estos países se ve frustrada por la actitud con que la China roja contesta, el 17 de enero, a la propuesta de la O. N. U., manifestando sus condiciones: 1.º Retirada de todas las fuerzas extranjeras en Corea y solución de los problemas coreanos por el propio pueblo. 2.º Retirada de tropas norteamericanas de Formosa. 3.º Entrada de la China roja en la O. N. U.; y 4.º Celebración de todas las conferencias en territorio chino.

Al mismo tiempo se va definiendo la actitud de las Potencias europeas y de la Commonwealth, encaminadas a evitar a toda costa la extensión del conflicto en Asia, aun sacrificando la unidad de Corea, aunque se muestren conformes con el proyecto de condenar a China como opresora. Así, en la misma semana que la O. N. U. condena a China, a pesar del voto contrario de la India, que se niega a intervenir en toda concilia-

ción por este medio, Pleven proclama la importancia vital de la posición de Europa y la necesidad de dar una solución honrosa al conflicto de Asia, y el Gobierno del Canadá se muestra del todo disconforme con aplicar sanciones a China y con un nuevo cruce del paralelo 38. Tres días más tarde de esta declaración, Atlee define la política exterior de Gran Bretaña, proponiendo parar las tropas de la O. N. U. en el paralelo e invitar a China al arreglo pacífico de las cuestiones del Extremo Oriente. Esta actitud de sus principales aliados provoca ciertas vacilaciones en los Estados Unidos, como se demuestra con las contradicciones entre Truman y Marshall y con el conflicto planteado por las declaraciones del general Mac Arthur, que expuso crudamente el problema: si se trata de pacificar la Corea del Sur, no hay más que hacer la paz al llegar al paralelo 38; si el problema consiste en eliminar un foco de fricción internacional, no hay otro remedio que atacar la raíz del mal aunque haya que extender el conflicto, no sólo a Corea del Norte, sino aun a la misma Manchuria.

De sobra conocida es la agitación producida por las declaraciones del general, la inquietud de las Potencias europeas y el revuelo de la opinión norteamericana, que dieron como consecuencia la destitución del viejo general. Prescindiendo de las razones que ocasionaron la destitución de Mac Arthur y que no tenemos por qué enjuiciar, lo que no cabe desconocer es que el dilema es exacto y que de su solución ha de salir la solución de la paz. El general pudo retirarse del escenario, pero antes de su salida dejó planteada una incógnita de la que depende el último acto, ya que representa exactamente la existencia de las dos opiniones contrarias en las que se puede cifrar la solución del conflicto: *statuo quo* o remedio a ultranza.

Y es precisamente en estos días en los que parece que va a resolverse esta incógnita con las conversaciones anunciadas, que preludian a la tan ansiada paz. Ante estas conversaciones, lo primero que cabe preguntarse es cuál ha sido el resultado de la guerra, cuáles los vencedores, quiénes los vencidos y cuántos los objetivos logrados.

Por de pronto, se percibe claramente que lo mismo que los beligerantes coincidieron en su deseo de dar a Corea unidad y democracia, coinciden ahora en proclamarse vencedores. Para los norteamericanos, el hecho de que los norcoreanos acepten ahora unas conversaciones de paz que antes rechazaron, indica que, resentidos de las severas pérdidas sufridas en las últimas derrotas y convencidos de que no arrojarán nunca de Corea a las tropas de la O. N. U., aceptan su fracaso en la invasión de la Corea del Sur y se resignan a hacer la paz. Para los norcoreanos, el hecho de que las tropas de la O. N. U. propongan un cese de hostilidades y se avengan a negociar, es síntoma de que por sí solas no se bastan para remediar el conflicto con una solución a su favor.

No cabe duda de que ambas opiniones son razonables. Son tan razonables que bien podríamos enfocarnos de otro modo, diciendo que ambos beligerantes han sido, por ahora, vencidos. En efecto, no sólo no se ha cumplido el común objetivo de la unidad y la independencia de Corea, sino que a tan democrático propósito le ha faltado una adhesión bastante importante: la del pueblo coreano, que después de haber visto a su país totalmente destrozado por unos y otros protectores, no ha alcanzado ningún resultado práctico.

La realidad es que en estas conversaciones no se atacará la raíz del mal. Como hemos visto, el problema es mucho más hondo que lo que representa el conflicto puramente coreano y el mismo modo de plantearse las conversaciones indica que se va a negociar y, por consiguiente, a transigir. Se llegará a una resultante, a una solución local y temporal. Simplemente el hecho de reunirse a deliberar en Kaesong, ciudad ocupada por los chinos y situada pocos kilómetros al sur del paralelo 38, ya indica un afán de transigir al renunciar a la expulsión total de las tropas agresoras al norte de dicho paralelo, y la aceptación de una de las condiciones propuestas por los chinos en su respuesta del 17 de octubre: la de que las conversaciones se llevarían a cabo en territorio chino, bien es verdad que Kaesong sólo lo es en precario, pero esto sólo indica una transigencia por parte de los chinos.

Para el bloque soviético está claro que una victoria total sobre las fuerzas armadas de las Potencias occidentales es sumamente difícil y requeriría una preparación y un material del que aun no disponen. Para las tropas de la O. N. U., el prolongar la guerra en territorio asiático sólo significa un enorme desgaste de material humano para obtener unos éxitos precarios y unos objetivos sumamente dudosos, especialmente para las naciones europeas, para las que la solución del conflicto sólo puede estar en la completa seguridad de Europa. Por otra parte, la presencia de problemas en otros puntos geográficos, como la crisis persa, reclama la atención de los países.

Esta paz no es, por consiguiente, la PAZ. El resultado de ella será el crear otra zona de guerra fría, y en esta especialidad combativa ya conocemos la pericia del grupo soviético. Corea, nueva Polonia, después de haber conocido los horrores de la guerra, conocerá los de la negociación que se llevará a cabo a su costa. Mientras tanto, la guerra cambiará de teatro y de táctica, refugiándose de nuevo en las conversaciones diplomáticas, que parafraseando la célebre frase, bien podemos decir que son hoy día la guerra hecha con otras armas.

GONZALO PUENTE OJEA y JUAN ARMANDO DE ANDRADA

